

Por su interés, transcribimos aquí un artículo de la Revista “**HERALDOS DEL EVANGELIO**” en su N° 60, perteneciente al mes de julio, en el cual, el Secretario de la Congregación para el Culto Divino, hace la presentación del libro “**Dominus est**”



LA PALABRA DE LOS PASTORES



Reverencia y adoración a la Eucaristía

La firmeza, claridad y coherencia del Magisterio se trasparenta con fuerza en el prefacio escrito por el secretario de la Congregación para el Culto Divino para el libro “Dominus Est” de un obispo del Asia Central sobre la Sagrada Comunión, Mons. Athanasius Schneider, obispo auxiliar de Karaganda (Kazajstán).

Mons. Albert Malcolm Ranjith Patabendige Don

Secretario de la Congregación para el Culto Divino



En el libro del Apocalipsis, San Juan narra como, habiendo visto y oído lo que le fuera revelado, se postraba en adoración a los pies del Ángel de Dios (cf. Hech 22, 8). Postrarse o ponerse de rodillas ante la majestad de la presencia de Dios, en humilde adoración, era un hábito de reverencia que Israel realizaba siempre en la presencia del Señor. [...]

Se encuentra la misma tradición también en el Nuevo Testamento en que vemos arrodillarse delante de Jesús: Pedro (Lc 5,8); Jairo, para pedirle que cure a su hija (Lc 8, 41); el Samaritano, cuando vuelve para dar gracias; y María, hermana de Lázaro, para pedirle el favor de la vida para su hermano (Jn 11, 32). En el Libro del Apocalipsis (Ap 5,8; 5-14; 19, 4), se nota, en general, la misma actitud de postración delante del asombro causado por la presencia y revelación divinas.

Estaba íntimamente relacionada con esa costumbre la convicción de que el Templo Santo de Jerusalén era la casa de Dios y, por lo tanto, era necesario adoptar en él actitudes corporales que expresaran un profundo sentimiento de humildad y reverencia en la presencia del Señor.

La práctica de arrodillarse en adoración a la Eucaristía

También en la Iglesia, la convicción profunda de que el Señor está real y verdaderamente presente en las Especies Eucarísticas y la costumbre de conservar la Santa Comunión en los tabernáculos contribuyeron al hábito de arrodillarse en actitud de humilde adoración al Señor en la Eucaristía.

En efecto, al respecto de la presencia real de Cristo en las Especies Eucarísticas, el Concilio de Trento proclamó: *“En el augusto Sacramento de la Santa Eucaristía, después de la consagración del pan y del vino, Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, está presente verdadera, real y substancialmente, bajo la apariencia de estas realidades sensibles”* (DS 1651).

Además, Santo Tomás ya había definido la Eucaristía como *latens Deitas* (Dios oculto). La fe en la presencia real de Cristo en las Especies Eucarísticas ya pertenecía, entonces, a la esencia de la fe de la Iglesia y era parte intrínseca de la identidad católica. Estaba claro que no se podía edificar la Iglesia si esa fe fuese perjudicada, aunque fuera en algún mínimo punto.

Por lo tanto, la Eucaristía, pan transubstanciado en Cuerpo de Cristo, y vino en Sangre de Cristo, Dios en medio de nosotros, debía ser acogida con admiración, máxima reverencia y actitud de humilde adoración.

Actitudes que facilitan el recogimiento

Acompañando esa tradición, está claro que se vuelve coherente e indispensable adoptar gestos y actitudes de cuerpo y de espíritu que faciliten el silencio, el recogimiento, la humilde aceptación de nuestra pobreza delante de la infinita grandeza y santidad de Aquél que viene a nuestro encuentro en las Especies Eucarísticas. El mejor modo de explicar nuestro sentimiento de reverencia para con el Señor Eucarístico es el de seguir el ejemplo de Pedro que, como narra el evangelio, se lanzó de rodillas delante del Señor y le dijo: *“¡Apártate de mí Señor porque soy un pecador!”* (Lc 5, 8).

Ahora, se nota cómo en algunos templos esa costumbre es cada vez más rara, y los responsables no sólo imponen a los fieles recibir de pie la Sagrada Eucaristía, sino, incluso, quitaron todos los reclinatorios, obligando a los fieles a permanecer sentados o de pie, incluso durante la elevación de las Especies Eucarísticas, presentadas para la adoración. Es extraño que tales medidas hayan sido tomadas por los responsables de la liturgia en las diócesis, o por los párrocos, en los templos, sin ninguna consulta a los fieles, aunque hoy se hable más que nunca, en ciertos ambientes, de la democracia en la Iglesia.

Sobre el modo de recibir la comunión

Al mismo tiempo, hablando de la comunión en la mano, es necesario reconocer que se trata de una costumbre introducida abusiva y apresuradamente en algunos ambientes de

la Iglesia después del Concilio, alterando la secular costumbre anterior y volviéndose, en seguida, práctica regular en toda la Iglesia.

Se justificaba ese cambio que reflejaba mejor el Evangelio o la práctica antigua de la Iglesia; es verdad que, si alguien recibe la **comunión** en la lengua, también puede recibirla en la mano, siendo esos órganos del cuerpo de igual dignidad. Algunos, para justificar tal práctica, recurren a las palabras de Jesús: “*Tomad y comed*” (Mc 14, 22; Mr 26, 26). Cualesquiera que sean las razones para sustentar esa costumbre, no podemos ignorar lo que ocurre a nivel mundial donde es adoptada. Contribuye a una gradual y creciente pérdida de reverencia para con las Sagradas Especies Eucarísticas. La costumbre anterior, al contrario, preservaba mejor este sentido de reverencia.

Le siguió una alarmante falta de recogimiento y un espíritu de generalizada distracción. Se ven, ahora, comulgantes que frecuentemente vuelven a sus lugares como si nada de extraordinario hubiese acontecido. Todavía más distraídos se muestran los niños y los adolescentes. En muchos casos no se nota aquel sentido de seriedad y silencio interior que debe indicar la presencia de Dios en el alma. El Papa habla de la necesidad, no sólo de entender el verdadero y profundo significado de la Eucaristía, pero también de celebrarla con dignidad y reverencia. Dice que es necesario ser conscientes “*de los gestos y posiciones, como arrodillarse durante los momentos destacados de la Oración Eucarística*” (*Sacramentum Caritatis*, 65). Además, tratándose de recibir la Sagrada Comunión, invita a todos a “*hacer lo posible para que el gesto, en su simplicidad, corresponda a su valor de encuentro personal con el Señor Jesucristo en el Sacramento*” (*Sacramentum Caritatis*, 50).

Contribución a la actual discusión sobre la Eucaristía

En esta perspectiva, merece especial aprecio la obra escrita por S. Excia. Mons. Athanasius Schneider, obispo auxiliar de Karaganda (Kazajstán), bajo el muy significativo título *Dominus est. [...] Él* nos presenta un *excursus* histórico-teológico que esclarece cómo la costumbre de recibir la Sagrada Comunión en la boca y de rodillas fue acogida y se practicó en la Iglesia durante un largo periodo de tiempo.

Creo que llegó la hora de avalar la práctica arriba mencionada, de reconsiderarla y, si fuera necesario, abandonar la actual, que de hecho no fue indicada por el *Sacrosantum Concilium*, ni por los Padres Conciliares, pero fue adoptada después de una introducción abusiva en algunos países. Hoy, más que nunca, es necesario ayudar a los fieles a renovar una fe viva en la presencia real de Cristo en las Especies Eucarísticas, para reforzar la propia vida de la Iglesia y defenderla en medio de las peligrosas distorsiones de la fe que tal situación continúa causando.

Las razones para esa medida no deben ser tanto las académicas sino las pastorales — sean espirituales, sean litúrgicas; en suma, aquello que edifique mejor la fe. En este sentido Mons. Schneider mostró un coraje loable, pues supo entender el verdadero significado de las palabras de San Pablo: “*Que todo sea para provecho espiritual*” (1Cor 14, 26). Julio 2008. *Heraldos del Evangelio* (nº 60, pg. 10)

